Tan solo hombres *

CUADRO PRIMERO

Bar modesto en una ciudad mediterránea. Al fondo, bien visible a través del ventanal, una calle clara, a medias europea y oriental. Detrás del mostrador, MME. ONASSIS, *dueña del bar y única persona que lo atiende. Sentada junto a una de las mesas,* ASTREA, *mujer joven. Es de día.*

ESCENA I

ASTREA y MME. ONASSIS

ASTREA: *(Con evidente impaciencia.)* Este es el Bar Onassis, ¿no es cierto?

MME. ONASSIS: Sí, señorita. Yo soy Mme. Onassis.

ASTREA: *(Mirando su reloj.)* He citado aquí a una persona. Y es tanto ya su retraso...

MME. ONASSIS: *(Con dignidad de propietaria.)* Este es el Bar Onassis, y yo soy su dueña.

(Breve silencio. Renuévanse en ASTREA *los gestos de impaciencia.)*

ASTREA: Madame, ¿tiene radio?

---

* Publícase aquí una de las tres historias que integran la comedia inédita *Tan solo hombres*. En ella se escenifica el conflicto entre la libertad individual y la sociedad en tres situaciones políticas distintas: el Estado ateo, el Estado confesional y la llamada «sociedad libre».—P. L. E.

MME. ONASSIS: Sí, junto a mí.

ASTREA: ¿Puede encenderla?

MME. ONASSIS: Con mucho gusto. *(La enciende.)* *(Se oye música. A los pocos segundos, se interrumpe bruscamente la emisión musical.)*

VOZ DEL LOCUTOR: Atención, atención. Ultimas noticias de la importantísima sesión que se está celebrando en la Cámara de Representantes. (ASTREA, *que habrá hecho un gesto de leve sobresalto al interrumpirse la emisión musical, se levanta y con gesto de tensa atención se acerca al aparato de radio.)* Ha terminado su discurso el jefe de la Unión Monoteísta. Como representante de la mayoría, ha invitado a los dos grupos de la oposición a constituir un movimiento político de unidad nacional, que en el orden religioso continuaría la línea de la propia Unión Monoteísta y en el orden social haría suyas las aspiraciones del Partido Laboral Unificado. A continuación ha intervenido el Sr. Láscar, portavoz del Partido Laboral. Toda conclusión es prematura; pero no parece aventurado afirmar que este Partido aceptará la proposición de la Unión Monoteísta. Se espera con muy viva expectación el discurso del jefe del Partido de la Libertad, Sr. Niandros. Al término de la sesión ofreceremos a nuestros oyentes un nuevo boletín informativo. Buenas tardes, señores. *(Vuelve a sonar la música. Gesto de preocupación en el rostro de* ASTREA.)

ASTREA: *(Mientras vuelve a su mesa.)* Gracias. Por mi parte, puede apagar.

MME. ONASSIS: *(Apagando la radio.)* Por lo visto, señorita, a usted le interesa más la política que la música.

ASTREA: Especialmente hoy.

MME. ONASSIS: Pues a mí me pasa lo contrario. La música me encanta. Sobre todo, las lindas canciones

de mi juventud. ¿Sabe usted que hace años tuve en el Festival de Beirut un segundo premio?

ASTREA: No, no lo sabía.

MME. ONASSIS: Fue interpretando *O sole mio.* ¡Qué hermosa canción! *(Tararea, nostálgica.) O sole mio...* En cambio, la política no me interesa absolutamente nada.

ASTREA: Tal vez sea usted la que acierta.

MME. ONASSIS: La política... La ocupación de los que quieren vivir a costa de los demás. ¡Si yo le dijese, señorita, que ni siquiera sé lo que es esa Unión... Monoteísta que ahora suena tanto!

ASTREA: Acaso le convenga saberlo. Es el grupo parlamentario que han formado las tres minorías religiosas de nuestro país: la cristiana, la musulmana y la hebrea El partido que hoy controla nuestra política.

MME. ONASSIS: Unión Monoteísta... ¡Y yo que creía que era una organización de curas y misioneros! Voy unos minutos al interior; a esta hora no suele venir gente. Ardo en deseos de oir el último disco de Aznavour. Si necesita algo, llámeme. *(Vase.)*

ESCENA II

ASTREA y DAVID

(Queda sola ASTREA. *Vuelve a mirar su reloj. Se asoma a la puerta del bar y mira hacia la calle desierta. Vuelve a su mesa. Apenas se ha sentado entra apresuradamente* DAVID, *hombre entre cuarenta y cuarenta y cinco años, profesor de Derecho Político en la Universidad. Trae una cartera de mano llena de papeles.)*

ASTREA: Por fin.

DAVID: Imposible venir antes. El representante de nuestro partido ha sido el último en hablar.

ASTREA: Lo sé. He oído el boletín de la radio.

DAVID: Luego estuve en la redacción de «El Globo». Abel vendrá a este bar, y nos dará noticia de los acuerdos ulteriores a la sesión de la Cámara.

ASTREA: Los temo.

DAVID: He pasado también por el local de nuestro partido.

ASTREA: ¿Para qué?

DAVID: Para retirar algunos papeles. Entre ellos, el original del artículo que mañana había de aparecer en «El Globo».

ASTREA: *(Lentamente.)* Creo, David, que eso es una cobardía.

DAVID: No es cobardía; es tan solo prudencia. Esta noche va a ser intensa la acción policíaca. *(Breve pausa.)* Aunque no tan combativo como tú, sabes bien que no soy cobarde.

(Breve silencio.)

ASTREA: ¿Qué ha habido en la segunda parte de la sesión?

DAVID: Primero, un hábil discurso de Láscar. El Partido Laboral acepta la Unión Nacional, a condición de disponer de un número suficiente de carteras en el nuevo Gabinete.

ASTREA: Les quemaba el ansia de llegar al poder. ¿Y luego?

DAVID: Luego, el discurso de Niandros, en representación de nuestro partido.

ASTREA: ¿Enérgico?

DAVID: Enérgico... y claudicante. Enérgico en la declaración de principios: libertad de expresión, libertad de conciencia, amplio socialismo sin lesión de los derechos del hombre... Claudicante en la formulación de propósitos: si la proyectada Unión Nacional se constituye, el Partido de la Libertad se disolverá, para que sus miembros decidan por sí mismos acerca

de su conducta. Y el tono de sus palabras parecía estar diciendo: para que sus miembros vayan incorporándose al orden nuevo.

ASTREA: Siempre me ha parecido que en Niandros se juntan el político y el cerdo.

DAVID: Esta es la situación. El Gobierno va a pensar que se trata de una finta política, y es seguro que la policía practicará registros. Abel nos dirá cómo están las cosas.

(Breve silencio. Aire preocupado en los dos.)

DAVID: Astrea, temo lo peor.

ASTREA: Y yo, David.

DAVID: Se constituirá la Unión Nacional. La Unión Monoteísta se impondrá, y todos aceptarán el principio del mínimo confesional: toda la vida de nuestro país habrá de pasar por alguna de sus tres religiones. A los no creyentes, nos aplastarán. Ocupado en la reforma social, el Partido Laboral dejará hacer. Y en cuanto a los nuestros...

ASTREA: ¿Confías en ellos?

DAVID: En muy pocos. Ya verás cómo Niandros, en calidad de técnico, no tarda en aceptar la cartera de Obras Públicas. Solo unos cuantos seguirán puros.

ASTREA: *(Gravemente.)* ¿Seguirán o seguiremos?

DAVID: *(Gravemente también.)* Seguiremos.

(Breve silencio.)

ASTREA: David, ¿te das cuenta de lo que nos espera?

DAVID: Punto por punto.

ASTREA: Nuestro matrimonio es solo civil.

DAVID: Nos intimarán a que lo hagamos religioso.

ASTREA: Tu cátedra es el Derecho Político.

DAVID: Tratarán de imponerme un modo de entenderlo.

ASTREA: Por lo menos, te impedirán explicarlo como tú lo entiendes.

DAVID: Así lo temo.

(Breve silencio.)

ASTREA: ¿Cederás, David?

DAVID: No, Astrea. Solo en lo accidental soy flexible.

ASTREA: ¿Entonces?

DAVID: *(Con visible gesto de preocupación y perplejidad.)* Entonces...

(Nuevo silencio.)

DAVID: Hay algo todavía más hondo.

ASTREA: ¿Qué?

DAVID: Tú.

ASTREA: *(Con extrañeza.)* ¿Temes que yo desfallezca?

DAVID: Temo que dejes de verme.

ASTREA: No te entiendo.

DAVID: Astrea, te quiero.

ASTREA: Y yo a ti, David. Pero no te entiendo. ¿Acaso está en juego nuestro amor?

DAVID: Sí, porque tal vez ames más a nuestra causa que a mí. Y yo, que en la conspiración me pierdo, no sé lo que ahora voy a hacer. *(Breve pausa.)* Por eso temo que dejes de verme; que dejes de percibir mi existencia.

(Nuevo silencio.)

ASTREA: *(Mirándole fijamente.)* Acaso tengas razón. *(Breve pausa.)* David, ¿cederás?

DAVID: Nunca.

ASTREA: ¿Serás infiel a lo que realmente eres?

DAVID: *(Con serenidad y firmeza.)* Nunca.

ASTREA: Entonces, probemos.

(Llega apresuradamente Abel.)

ESCENA III

ASTREA, DAVID y ABEL

ABEL: *(Mientras va hacia ellos y se sienta.)* Noticias frescas e importantísimas.

ASTREA: Que acaso nos digan lo que ya sabemos. Cuenta.

ABEL: Después de la sesión de la Cámara, conciliábulo entre la Unión Monoteísta y el Partido Laboral. Pleno acuerdo: la Unión Nacional se constituye. Mañana se dará al público el programa del nuevo bloque: principio del mínimo confesional, plan de industrialización y promesas de reforma social. Es seguro que el Presidente va a disolver la Cámara, y que el futuro Gabinete gobernará por decreto. Los militares, por lo que parece, encantados. *(Breve pausa.)* Me extraña no oir vuestros gritos de júbilo.

DAVID: Ahórranos tus bromas, Abel. Sabes lo que esto significa para nosotros.

ASTREA: Tuyo debe ser el júbilo. ¿Acaso no eres de la Unión Monoteísta?

ABEL: *(Un poco amoscado.)* No, Astrea, y tú lo sabes. Soy cristiano, pero siempre me he opuesto a que la religión se convierta en política. Mi periódico lo ha demostrado más de una vez.

DAVID: *(A* ABEL.) Perdona a Astrea. Date cuenta de nuestro estado de ánimo.

ASTREA: *(También a* ABEL.) Pero ¿y en el futuro? ¿Qué podrá hacer tu periódico en la nueva situación? *(Breve pausa.)* Bien. Por el momento somos tres derrotados.

DAVID: *(Con melancólica ironía.)* Bonita ocasión para una estampa romántica. *(Extendiendo su mano sobre la mesa.)* «Los derrotados por la tiranía renuevan su juramento de fidelidad a muerte a la causa de la libertad.» *(Mirando en torno a sí.)* Lástima que esto sea un bar y no un peristilo griego.

ABEL: Prefiero verte así. Uno de mis clásicos dice: «Nunca tomes decisiones en estado de desolación.»

ASTREA: *(Con cierto sarcasmo.)* Pura inacción, entonces. Será nuestra mejor canción de cuna para la Unión Nacional.

(Sale del interior MME. ONASSIS.)

ESCENA IV

LOS MISMOS y MME. ONASSIS

MME. ONASSIS: *(A* ASTREA.) Vinieron por fin las personas que esperaba. Todo llega y todo pasa, solía decir mi difunto esposo. ¿Desean tomar algo?

ABEL: Una botella de champaña. Nada como el champaña para los grandes acontecimientos.

MME. ONASSIS: *(Radiante.)* Si ustedes me lo permiten, seré yo quien les invite. Acaban de comunicarme que voy a representar a nuestro país en el próximo Festival de la Canción Nostálgica. ¿Se dan cuenta? Otra vez cantando ante el público *O sole mio*, envuelta en luces de colores... ¡Qué delicia, qué maravilla! Voy a buscar la botella. *(Sale.)*

DAVID: Vamos a brindar por el éxito de Mme. Onassis en ese Festival. Nuestra canción, ¿será también una canción nostálgica?

ASTREA: *(Severa.)* A la nostalgia de la libertad, nosotros, David, siempre la hemos llamado lucha.

ABEL: ¿Seguimos la corriente a este ruiseñor jubilado?

ASTREA: *(Con displicencia.)* Por mí... Adelante.

(Vuelve MME. ONASSIS *con una botella de champaña.)*

MME. ONASSIS: *(Mientras dispone las copas y descorcha.)* Gran día, gran día. Antes de irse me dejarán su nombre, para que pueda enviarles invitaciones. Va a ser una fiesta fantástica. Seguro que les hace olvidar la política. Ea, a beber. *(Sirve el champaña y toma su copa.)* Por el éxito del Festival de la Canción Nostálgica.

ABEL: *(Levantando su copa.)* Por el nuevo triunfo de Mme. Onassis.

ASTREA: *(Lo mismo.)* Por la nostalgia de nuestra canción. Por la libertad.

DAVID: *(Mirando a* ASTREA.) Por la vida de los hombres que van a seguir libres.

VOCES EN LA CALLE: ¡Viva la Unión Nacional!

MME. ONASSIS: ¡Oh, qué hermoso día! *(Cantando.) O sole mio...*

(Todos beben. Telón.)

CUADRO SEGUNDO

Sala de trabajo y estar en casa de DAVID *y* ASTREA. *Estanterías llenas de libros por todas partes. Algún grabado moderno. Una mesa de escritorio, otra pequeña con papeles y revistas, dos sillones, varias sillas, un teléfono. La estancia entera deberá producir una confusa impresión de confort, descuido bohemio y sencillo buen gusto. Es de día.*

ESCENA I

DAVID y ABEL

(DAVID *y* ABEL *conversan entre sí.)*

ABEL: Para ellos, David, tú eres el hombre decisivo.

DAVID: ¿Yo? ¿Por qué yo?

ABEL: Por tu prestigio. Por... tu moderación.

DAVID: Piensan, sin duda, que de la moderación a la debilidad no hay más que un paso. *(Breve pausa.)* ¿No es a los extremados a quienes realmente temen?

ABEL: ¡Bah! Esos no les dan cuidado. Ya conoces el nuevo decreto del Ministerio de Justicia. Con la ley en la mano, el Gobierno no tardará en atraparlos.

DAVID: Y entre tanto, yo, con mi moderación, seré el discrepante sumiso, el testigo falso de la nueva legalidad.

ABEL: Entonces, ¿qué decides?

DAVID: Si no me dan otras razones, la renuncia y el silencio.

ABEL: Renuncia, ¿a qué?

DAVID: A todo lo que no sea mi existencia privada y mi propia dignidad.

(Breve silencio.)

ABEL: Lo que precisamente intentan es darte... *otras* razones.

DAVID: ¿Qué clase de razones?

ABEL: Razones... religiosas.

DAVID: ¿A mí? ¿Bromeas, Abel?

ABEL: Conmigo era mucho más fácil, ya lo sé: yo soy cristiano, y con argumentos de prudencia cristiana han conseguido, si no mi colaboración, sí, al menos, mi silencio. Mi silencio... y esta gestión cerca de ti.

DAVID: Ya tienes mi respuesta.

ABEL: No es a mí a quien debes darla. Se trata de saber si puedes recibir la visita de tres miembros de la Unión Monoteísta, en representación de los tres grupos religiosos que la integran.

DAVID: Estoy a su disposición.

ABEL: ¿Esta misma tarde?

DAVID: Esta misma tarde.

ABEL: Gracias, David. *(Levantándose.)* Les diré que les esperas.

DAVID: Te acompañaré.

(Salen DAVID *y* ABEL. *Queda la escena sola. A los pocos segundos, regresa* DAVID.*)*

ESCENA II

DAVID y ASTREA

(DAVID, *solo en la escena, se sienta de nuevo, enciende una pipa con aire pensativo, toma un libro, intenta leer. A poco entra* ASTREA, *procedente de la calle.)*

DAVID: Hola, Astrea.

ASTREA: *(Con cierta sequedad.)* Hola, David. En la escalera me crucé con Abel. ¿Qué quería?

DAVID: Me ha rogado que reciba a tres delegados de la Unión Monoteísta. Esta tarde vendrán.

ASTREA: Otro que se está acomodando.

DAVID: Él es cristiano. Le han hablado, y ha sido víctima de su conciencia.

ASTREA: *(Con sarcasmo.)* ¿Víctima... o beneficiario?

DAVID: *(Con cierta amargura.)* Astrea, no tienes derecho a penetrar en la conciencia ajena.

ASTREA: Pero sí a juzgar lo que veo. *(Breve pausa.)* ¿Y ellos? ¿Acaso ellos no entran en la conciencia de los demás?

DAVID: En la mía, no entrarán.

ASTREA: No estoy yo tan segura.

DAVID: ¿Otra vez, Astrea?

(Nuevo silencio.)

ASTREA: David, esta inacción me humilla. Acabo de reunirme con los que piensan como yo. Hemos adoptado un nombre: «Los insobornables.»

DAVID: ¿Arreglará la situación un nombre jactancioso?

ASTREA: No nos basta el nombre. Estamos planeando una operación entre los estudiantes y los obreros.

DAVID: No contéis conmigo.

ASTREA: *(Con alguna acritud.)* Claro; tú necesitas todo

tu tiempo para dialogar con los píos varones de la Unión Monoteísta.

DAVID: *(Con reprimida tensión interior.)* Astrea, hay más de un modo de ser insobornable: no solo de agitación vive la libertad.

ASTREA: *(Lentamente.)* ¿Dirás lo mismo cuando alguno de nuestros amigos esté en la prisión o en el destierro?

DAVID: *(Con cierta altivez.)* Llegado el caso, daré mi testimonio.

ASTREA: *(Enérgica, severa.)* Nuestro testimonio, ahora, debe ser la acción subversiva.

DAVID: Puede ser otro. ¿No da testimonio de sí mismo quien enseña a ser verdaderamente libres a los que solo saben embriagarse en la pura acción?

ASTREA: Te entiendo. Los exquisitos enseñan sin riesgo lo que verdaderamente es ser libre; y los vulgares activistas, los que no saben ser libres en el interior de su alma, se arriesgan para que en el mundo sea posible la libertad. Más aún: pierden la suya.

DAVID: Te consta que nunca he sido insolidario con los perseguidos.

ASTREA: Se trata de los que ahora van a serlo.

DAVID: ¿Qué quieres en el fondo de ti misma: que sirva a la libertad o solo a tu modo de entenderla? ¿Qué pretendes de mí: que demuestre ser libre siendo esclavo tuyo?

ASTREA: Pretendo tan solo que nuestra vida, la tuya y la mía, no se deshaga en bellas palabras.

(Breve silencio.)

DAVID: ¿Quieres, Astrea, que bajemos hasta el fondo de nuestras almas? Hace cinco años unimos nuestras vidas. Yo te quería y te quiero. A ti, a tu persona. Tú... ¿me quisite a mí, o solo al intelectual del Partido de la Libertad? Mientras nuestro partido existió, nunca esa pregunta cruzó por mi

cabeza: lo que hacíamos no nos dejaba pensar en lo que éramos. Pero nuestro partido ya no existe; y como si él hubiera sido la hoja de parra de nuestra propia realidad, su muerte nos ha dejado desnudos. Ya no somos más que dos personas frente a frente. *(Breve pausa.)* Y frente a ti, Astrea, voy descubriendo lo que temía: que mi persona —yo, este hombre incapaz para lo que tú llamas acción— no te importa. Más aún: que acaso te molesta.

ASTREA: *(Herida por esta severa disección de su propia intimidad.)* ¡David!

DAVID: *(Con energía concentrada.)* Déjame seguir. No hemos tenido hijos. Yo no los necesito: tú, mis discípulos y mi obra me bastáis para sentir que mi vida no se acaba en mí mismo. Pero tú, sí; tú necesitas ser madre. Y ahora que el partido ya no puede ser tu hijo, ahora que a este hijo te lo han matado, quieres que yo ocupe su lugar y que solo sea lo que tú me hagas ser. *(Lentamente.)* Quieres que yo viva, no que yo sea.

ASTREA: *(Temblorosa, se acerca a* DAVID *y le acaricia la frente y los cabellos.)* Quiero que el héroe valga en ti tanto como el pensador. Quiero que seas un cedro gigante, una alta y fuerte torre, un manantial, una hoguera. Quiero que mi ser y mi vida se realicen en tu vida y tu ser. Es verdad: más aún que tu presente, me importa tu futuro. Y por esto, tanto como admiro tu inteligencia, temo tu debilidad. *(Cambia de tono.)* David: ¿por qué has accedido a recibir a esos delegados de la Unión Monoteísta?

DAVID: Nunca me he negado a dialogar con los que han querido hablar conmigo.

ASTREA: ¿Y si yo te pidiese que no los recibas?

DAVID: No podría complacerte.

ASTREA: ¿Acaso para demostrar que ante mí «eres»?

DAVID: ¿Por qué planteas las cosas en esos términos?

ASTREA: Tratándose de tu dignidad y tu futuro, de tu propio ser, como tú mismo decías, solo así puedo plantearlas.

DAVID: *(Vacilante entre la fortaleza y la súplica.)* ¡Astrea, por favor!

ASTREA: Piensa en ti, David. Piensa en nosotros. Espero tu decisión. *(Sale hacia el interior de la casa.)*

ESCENA III

DAVID, PROFESOR MALIK, PROFESOR MANASÉS y MONSEÑOR NAXOS

(DAVID, *solo en la escena durante algunos instantes, da muestras de preocupación y perplejidad. Suena un timbre. Leve sobresalto en* DAVID. *A los pocos segundos, vuelve el timbre a sonar. Sale* DAVID, *e inmediatamente regresa con el profesor* MALIK, *el profesor* MANASÉS *y monseñor* NAXOS. *El profesor* MALIK *irá tocado con un fez rojo. El profesor* MANASÉS *mostrará muy claramente su condición de rabino. Monseñor* NAXOS *vestirá de «clergyman».)*

DAVID: *(Cortésmente.)* Perdónenme el retraso en abrirles. No sabía que me encuentro solo en mi casa.

PROFESOR MALIK: *(Con cierta untuosidad.)* Así nos ha abierto usted, y el honor para nosotros ha sido doble. *(Inclinándose.)* Profesor Malik, de la Facultad de Teología Musulmana.

PROFESOR MANASÉS: *(Con otra inclinación.)* Profesor Manasés, de la Facultad de Teología Rabínica.

MONSEÑOR NAXOS: *(Lo mismo.)* Monseñor Naxos, de la Facultad de Teología Cristiana.

DAVID: Díganme en qué puedo servirles.

PROFESOR MALIK: Monseñor Naxos se lo expondrá. Hemos cambiado impresiones, y a los tres nos ha

parecido conveniente que sea él quien le comunique nuestro ruego.

DAVID: *(Sonriendo.)* Me pierdo en tan sutiles diplomacias. ¿Quieren tomar asiento?

PROFESOR MALIK: Si no tiene inconveniente, el profesor Manasés y yo nos retiraremos.

DAVID: Como gusten. *(A monseñor* NAXOS.) Permítame que acompañe a nuestros colegas. *(Salen* DAVID, *el profesor* MALIK *y el profesor* MANASÉS.)

ESCENA IV

MONSEÑOR NAXOS y DAVID

(Queda solo en escena monseñor NAXOS. *A los pocos segundos entra de nuevo* DAVID.)

DAVID: Por favor, tome asiento.

MONSEÑOR NAXOS: Gracias. *(Se sienta.)*

DAVID: *(Sentándose, a su vez.)* Soy todo oídos.

MONSEÑOR NAXOS: *(Después de un breve silencio.)* Como ya sabe, la Unión Monoteísta quiere hacerle un delicado ruego.

DAVID: Dígame cuál es.

MONSEÑOR NAXOS: Voy a serle totalmente sincero: usted, David, lo merece.

DAVID: *(Sonriendo.)* La sinceridad de los demás es tanto un privilegio como una prueba.

MONSEÑOR NAXOS: *(Suavemente.)* Los que nos han enviado preferirían que yo no le hablase más que de nuestra fuerza; yo prefiero hablarle de nuestra debilidad. *(Breve pausa.)* Se ha constituido la Unión Nacional. La Unión Monoteísta tiene en ella la mayoría y, como todos saben, ha impuesto el principio del mínimo confesional. Se trata ahora de cumplirlo. Absorbido por la organización de la jus-

ticia social, el Partido Laboral Unificado nos deja hacer. Pero esto, ¿cuánto durará?

DAVID: ¿Me permite decirle que la respuesta es cosa de ustedes?

MONSEÑOR NAXOS: La porción más ilustrada del Partido Laboral va a ser... trabajada —¿no es así como lo dicen ustedes?— por los elementos más activos del disuelto Partido de la Libertad. Tal vez por su propia esposa. Y cuando esto haya ocurrido...

DAVID: ¿Qué pasará?

MONSEÑOR NAXOS: Que correrán serio peligro la Unión Nacional y la paz interior de nuestro país.

DAVID: ¿Y qué tengo yo que hacer en todo eso?

MONSEÑOR NAXOS: ¿Acaso no le importa la paz de nuestro pueblo?

DAVID: Yo aspiro a una paz edificada sobre mejores fundamentos.

MONSEÑOR NAXOS: Los nuestros no son malos: la vida religiosa, cada cual dentro de su confesión, y la justicia social.

DAVID: Sin la libertad, monseñor Naxos, ¿pueden ser ser auténticas una y otra?

MONSEÑOR NAXOS: A esto quería venir. Para que los miembros de esa fracción del Partido Laboral acepten sin enojo nuestros principios, sería conveniente, muy conveniente, que una persona de gran prestigio y ajena a toda confesión religiosa les hiciese ver que Dios no es una caprichosa invención para uso de campesinos, terratenientes, pequeños burgueses y sacerdotes. Que Dios es, por lo menos, una exigencia del corazón y la mente del hombre, cuando éste se decide a serlo seriamente.

DAVID: *(Lentamente.)* Y ustedes han pensado que esa persona podría ser yo.

MONSEÑOR NAXOS: Exactamente. La Unión Monoteísta

se contentaría con que usted volviese a publicar, actualizándolo, aquel hermoso ensayo titulado «Al fondo, Dios».

DAVID: ¿Y si me negase a actualizarlo?

MONSEÑOR NAXOS: ¿Por qué había de negarse a algo tan sencillo?

DAVID: *(Gravemente.)* Monseñor Naxos: ¿y si me negase a actualizarlo?

MONSEÑOR NAXOS: *(Con intencionada suavidad.)* Oh, es usted muy libre para hacerlo. *(Breve pausa.)* Alude usted, sin duda, a las posibles consecuencias de su negativa. Por mi parte, ninguna. En cuanto a la actitud de los jefes políticos de la Unión Nacional, yo, naturalmente, no puedo decir nada. Sobre ellos pesan consideraciones de orden social que a mí se me escapan.

DAVID: Comprendo: mi negativa quedaría relegada a la... prudencia del brazo secular. *(Con firmeza.)* Monseñor Naxos, me niego a hacer lo que ustedes me piden.

MONSEÑOR NAXOS: Pero esas pocas páginas, mi querido David, ¿no serían acaso la expresión de lo que en usted es más hondo y verdadero?

DAVID: *(Con energía y vehemencia crecientes.)* Sí, Monseñor Naxos, sí: expresarían lo que en mí es más hondo y verdadero. Dirían que mi mente, para no desvanecerse, necesita un fundamento último de todo lo que ella piensa. Dirían que, para no desesperar, mi corazón exige una realidad que le abrace y sustente, un ser inmenso al cual mis labios pudieran llamar «Padre». Dirían que para designar ese fundamento y este abrazo, ustedes, los creyentes, usan un nombre tan viejo como el alma humana: «Dios.» Dirían que muchos no sabemos hoy emplear esa palabra; pero que acaso ella esté en la raíz de todas las que nuestra boca pronuncia y en el fondo

de todos los silencios en que nuestras palabras terminan. Dirían... *(Breve pausa. El tono pasa de la vehemencia y el desgarro a la frialdad.)* Pero no lo dirán, monseñor Naxos. No lo dirán, porque yo no quiero actualizar ese ensayo.

MONSEÑOR NAXOS: *(Con acento amistoso.)* ¿Puedo preguntarle por qué?

DAVID: Porque en tal caso yo no hablaría libremente, sino bajo la sutil coacción de que usted es portador. Porque usted no ha venido a mí en nombre de un interés puramente religioso, sino al servicio de las implicaciones políticas de ese interés. Y porque, de servir para algo, mis palabras no servirían ahora a la libertad de mi pueblo, sino a su servidumbre.

MONSEÑOR NAXOS: ¡Libertad, libertad: cuántos extravíos se han cometido bajo tu nombre!

DAVID: Y bajo la divisa de la autoridad, ¿cuántos no son los que se han perpetrado, mi querido monseñor Naxos? ¿Y en quién es mayor la responsabilidad: en el que quiere ser libre o en el que impide que los demás lo sean? *(Breve pausa.)* Monseñor: ¿reconoce usted en mí alguna rectitud de intención?

MONSEÑOR NAXOS: Más que alguna. De otro modo, no estaría yo aquí.

DAVID: Permítame entonces que me apoye en algunos textos de su Iglesia. Bien recientes. *(Como recitando de memoria.)* Cristo vino al mundo para salvar y no para juzgar. No se obligue a nadie a obrar contra su conciencia. Es lamentable la discriminación entre creyentes y no creyentes que algunas autoridades políticas injustamente establecen. *(Breve pausa.)* ¿No cree usted, monseñor, que quienes les han enviado a mi casa miran más sus intereses políticos que el sentir de la Iglesia de Cristo?

MONSEÑOR NAXOS: *(Después de un breve silencio.)* Dios le ayude a que su conciencia sea de veras recta.

DAVID: No me jacto de ella. *(Con herida y como confidencial sinceridad.)* Solo sé que dolorosamente trato de buscarla. Acaso más dolorosamente de lo que ustedes piensan.

MONSEÑOR NAXOS: Entonces, creo que Dios le está concediendo el bien de la recta conciencia. *(Breve pausa.)* David: que nunca esos textos sean para usted arma arrojadiza.

DAVID: Monseñor, que ellos nunca sean para ustedes palabra vana.

(Hondo silencio.)

MONSEÑOR NAXOS: *(Levantándose.)*: ¿Me permite que le abrace, que le llame amigo? Esta visita a usted me ha hecho mucho bien. Me ha puesto más cerca de Dios.

(Se abrazan con efusión dignamente contenida.)

DAVID: Cuando quiera hablarme de Él y no de la Unión Monoteísta, venga sin reparo.

MONSEÑOR NAXOS: No dejaré de hacerlo. Gracias.

(Salen los dos.)

ESCENA V

DAVID

(Vuelve a escena DAVID. *Hay en él fatiga, íntima satisfacción y una vaga tristeza. Al cabo de algunos instantes hace un gesto de decisión.)*

DAVID: *(Volviéndose hacia la puerta por donde* ASTREA *salió.)* ¡Astrea! *(Silencio.)* ¡Astrea! *(Sale por esa puerta, buscando a* ASTREA.) ¡Astrea! ¿Dónde estás? ¡Astrea! *(Vuelve a escena. Intensa expresión de soledad y desamparo. Se deja caer en un sillón y hunde la cabeza entre sus manos. Telón rápido.)*

CUADRO TERCERO

La misma decoración que en el cuadro anterior. Ha pasado una semana. Es de día.

ESCENA I

DAVID y ABEL

(DAVID *está escribiendo en su mesa. Suena el timbre. Sale, y a los pocos segundos entra con* ABEL.)

ABEL: ¿Te perturbo?

DAVID: Nunca, Abel. Contigo viene la amistad.

ABEL: La amistad y el latido del mundo. ¿Qué sería de ti sin mis noticias?

DAVID: Venga las de hoy.

ABEL: Te has convertido en primera medalla de la popularidad. *(Breve pausa.)* Pero, como todas las medallas, la tuya tiene su reverso.

DAVID: Dime cuál es.

ABEL: En el Gobierno se han impuesto los «duros», y tu negativa a monseñor Naxos ha sido interpretada como un desafío al poder ejecutivo y al prestigio de la Unión Nacional.

DAVID: Lo suponía. La indicación que he recibido de mi decano no deja lugar a dudas.

ABEL: Entonces, ¿vas a renunciar a la cátedra?

DAVID: ¿Puedo hacer otra cosa?

ABEL: Es verdad. *(Breve pausa.)* Queda lo mejor. Algo que no sé si hace reír o hace llorar.

DAVID: Adelante con la tragicomedia.

ABEL: Esperpento, más bien. *(Breve pausa.)* ¿Recuer-

das aquella curiosa sentencia contra el escritor Máximo Nevsky, en Neolia?

DAVID: ¿Un cristiano condenado a la transparencia civil?[1]

ABEL: El mismo. Pues bien: para no ser menos que el de Neolia, nuestro flamante ministro de Justicia ha inventado una nueva sanción penal.

DAVID: El ingenio del hombre es inagotable: unos inventan astronaves, y otros sanciones penales. ¿Qué pena es esa?

ABEL: Tengo noticia del nombre que van a darle: el encuentro obligatorio, la obligación del encuentro...; algo así.

DAVID: Explícate.

ABEL: ¿Qué se propusieron los inventores de la transparencia civil? La cosa es clara: proclamar ante el mundo que el condenado no existe. Pues bien: frente a la impía transparencia civil de los ateos, la pía devoción civil de nuestro encuentro obligatorio. Todos los ciudadanos quedarán obligados a encontrarse con el individuo en cuestión y a demostrar que se preocupan por el bien de su alma. Y esa demostración consistirá en decirle en voz alta: «Fulano, Dios existe y te ve.» *(Breve pausa. Jovialmente.)* ¿Qué tal? Te encuentras por la calle con el untuoso profesor Malik, y éste, sintiéndose testigo y alguacil de Alá, te dice: «Mi querido colega, Dios existe y le ve». Vas al Bar

---

[1] El artículo 107 del Código Penal de Neolia —país en que acontece la primera historia de las tres que componen la pieza teatral *Tan solo hombres*—, dice textualmente: «En su grado máximo, la pena de transparencia civil será total y perpetua, y consistirá en lo siguiente: 1.º Cuando aparezca en lugares públicos, el condenado no será visto ni oído por ninguno de los ciudadanos del país. 2.º Quienes, infringiendo esta disposición, den muestras de haber visto y oído a un condenado a transparencia civil, serán detenidos y juzgados por el Tribunal de Disciplina Ciudadana. 3.º Sobre las ropas de los condenados a transparencia civil, y en lugar bien visible, será colocada una señal distintiva, de forma adecuada al delito que se sanciona.»

Onassis, y *madame,* interrumpiendo su tarareo de *O sole mio,* se te acerca y te saluda así: «Profesor David, Dios existe y le ve. ¿Qué prefiere, cerveza o vermut?» *(Ríe.)* ¿No es grandioso?

DAVID: *(Pensativo.)* Grandioso e insoportable. Veremos quién es el titular de la primera condena.

ABEL: Tú, por supuesto. Prepárate.

DAVID: *(Sombrío.)* Oiré dentro de mí lo que mi Dios desconocido responde a ese ostentoso carnaval de Dios. *(Breve silencio.)*

ABEL: ¿Sabes algo de Astrea?

DAVID: No.

ABEL: La he visto. *(Breve pausa.)* ¿Te sientes solo, David?

DAVID: Todavía.

(Otro breve silencio.)

ABEL: *(Levantándose.)* No te quito más tiempo. *(Saliendo.)* ¿Qué vas a hacer?

DAVID: No sé. Pensar. Temer. Esperar. Acaso dormir. *(Salen en silencio.)*

ESCENA II

DAVID

(Regresa DAVID, *se sienta en uno de los sillones, cierra los ojos y queda inmóvil y pensativo. Se diría que duerme. Va extinguiéndose poco a poco la luz de la escena. Cuando se ha producido la oscuridad total, un foco ilumina y recorta la figura de* DAVID. *Este da muestras de estar oyendo con muy viva atención una voz que le llega a través de la oscuridad. Por fin, suena intensamente esa voz.)*

VOZ: *(Con tono autoritario.)* Sí, sí, yo soy: el jefe de la Unión Monoteísta. El representante del interés y la conciencia de nuestro pueblo. ¿Quién eres tú, pigmeo, para oponerte a uno y a otra?

DAVID: Muy poca cosa, lo sé. Un hombre que quiere vivir en su patria conforme a lo que él es.

VOZ: Un perturbador de las conciencias sencillas y honradas. Un enemigo de nuestra unidad. Un sembrador de rebeldía. Un anarquista. Te atendrás a las consecuencias.

(Silencio. Nuevo gesto de atención de DAVID. *Nuevas voces.)*

VOZ 1.ª: *(De varón.)* Dios existe y te ve.

VOZ 2.ª: *(De mujer.)* Dios existe y te ve.

VOZ 3.ª: *(De varón.)* Dios existe y te ve.

LAS TRES VOCES: Dios existe y te ve. Dios existe y te ve. Dios existe y te ve...

DAVID: *(Irritado.)* ¡Callad! ¡Callad! ¿Que Dios existe? Oyéndoos, lo dudo. Dios puede ser hoguera, no máscara. Dios arde y hace arder, no grita y gesticula. Sois los empresarios y los histriones de Dios, no sus testigos.

(Silencio. Repítese el juego.)

OTRA VOZ: *(Más queda y suave.)* DAVID, yo soy tu Dios desconocido. El que vive en ti y tú no conoces. ¿No oyes mi silencio, a través de esa algarabía?

DAVID: *(Mirando a un lado y a otro.)* ¿Desde dónde me hablas?

LA MISMA VOZ: Desde el fondo de todo lo que tú llamas verdad. Desde el fondo de todo lo que tú llamas consuelo. Desde el fondo de todo lo que tú llamas dolor.

DAVID: El dolor es lo que no me deja oirte.

LA MISMA VOZ: Búscame en él. Sigue buscándome.

VOCES 1.ª, 2.ª y 3.ª: *(Bruscamente.)* Dios existe y te ve. Dios existe y te ve. Dios existe y te ve... *(Van extinguiéndose las voces.)*

DAVID: *(Abrumado.)* ¿También en el fondo de estas voces?

(Hondo silencio. Apágase el foco que iluminaba a DAVID. *Poco a poco va volviendo la luz, y* DAVID *aparece sentado*

en el sillón, en la misma posición que al comienzo de la escena. Hace gestos como si saliera de un sueño. Se levanta y da unos pasos. Suena el timbre. Extrañeza en DAVID. *Por fin, sale a abrir la puerta.)*

ESCENA III

DAVID y ASTREA

(Entran DAVID *y* ASTREA *y llegan en silencio hasta el centro de la escena.)*

ASTREA: David, ¿me esperabas?

DAVID: Astrea, ¿quién ha venido contigo: un fiscal o una compañera?

ASTREA: Oye antes lo que ha sido mi vida desde hace una semana.

DAVID: Te oigo.

ASTREA: No he venido a cantar o a llorar mi arrepentimiento. Como al salir de aquí, sigo creyendo que sin la acción, sin una acción arriesgada, no será posible la reconquista de la libertad.

DAVID: Nunca he negado yo las razones de la acción. Me he limitado a sostener que la acción debe tener sus límites. Y a afirmar que yo no estoy dotado para ella.

(Breve silencio.)

ASTREA: He vuelto al seno de los incondicionales de la acción. He planeado con ellos diversas operaciones en la Asociación de Estudiantes y en el Partido Laboral. He podido comprobar que nuestro pueblo no está del todo muerto. *(Breve pausa.)* Y cuando por la noche me quedaba sola con mis sueños, he hecho en mí un sencillo descubrimiento.

DAVID: ¿Cuál?

ASTREA: Que la acción no me basta. Que sola yo en

ella, me pierdo. Que no tenía dentro de mí la firmeza y la luz que tú me dabas.

DAVID: Añorabas al intelectual, al profesor. Esto es todo.

ASTREA: Mi descubrimiento tiene una segunda parte.

DAVID: Dímela.

ASTREA: *(Más entrañable.)* He descubierto, David, que te necesito. A ti, a tu persona, una persona más firme e insobornable que todos los que han querido adoptar este nombre. Que sin ti, el triunfo me parecería derrota y la miel tendría amargura. Que sin tu mirada me siento de más en el mundo.

(Silencio.)

DAVID: ¿Recuerdas mis palabras? «Nuestro partido —te decía yo— ya no existe; y como si él hubiese sido la hoja de parra de nuestra propia realidad, su muerte nos ha dejado desnudos. Ya no somos más que dos personas frente a frente.» Ahora somos algo más. Somos dos personas que se necesitan entre sí, y que lo saben. *(Nueva pausa. Con renovada energía.)* Dame tu mano, Astrea. Con nuestra disparidad y nuestro conflicto, seguiremos juntos en medio de la niebla. Viviremos fieles a nosotros mismos. Oiremos gritar que Dios existe y nos ve. Despreciaremos las voces de las máscaras y trataremos de ver lo que hay en el fondo de la verdad, del consuelo y del dolor. Seremos hombres, tan solo hombres.

ASTREA: Hombres libres que piensan y luchan. Hombres que esperan.

(Mientras DAVID *y* ASTREA *van saliendo de la escena, cae lentamente el telón.)*

Pedro Laín Entralgo

Madrid